

entonces había hecho de ella tan bellos elogios, empezó á hablar de la misma de otro modo, y esto es lo que ha perjudicado la memoria de esta ilustre viuda; pero sea que el asunto de los Origenistas aun no estuviera del todo esclarecido, lo que parecía excusarla, sea que por su amistad con Rufino, habiéndose hecho sospechosa del error, ella hubiese al momento renunciado enteramente á él, como hay más motivo de creerlo, siempre se la ha considerado como una gran sierva de Dios; á lo cual podemos añadir que ella había reconciliado á Rufino con san Jerónimo en 397, bien que esto duró poco tiempo por parte de Rufino, lo que demuestra el aprecio que ella conservaba á san Jerónimo. Con justa razón, pues, se puso al principio de la décima carta de la *Colección de las cartas de san Paulino*, en la cual le da grandes elogios, que este Santo ignoraba que Melania entonces estuviera imbuida de los errores de Orígenes; pero que hay toda probabilidad de que ella los abdicó, y que murió en la pureza de la fé católica, pues san Agustin y san Paulino continuaron en loarla aún despues de su muerte; y vemos que san Jerónimo, pocos años despues de su muerte, escribiendo á san Agustin, la saludaba por Melania la Joven, su nieta, por Albina su nuera, y por Piniano, marido de la joven Melania; de donde se debe concluir que, viviendo en grande unión con esta familia, había cambiado de parecer hácia la Abuela, porque había podido saber que ella no había muerto sin haber cambiado también sus ideas sobre los errores de que ella se había hecho sospechosa. Sin embargo esto nos debe hacer comprender cuan delicada es la virtud de la fé, y cuanta es la exactitud de la Iglesia en sus juicios. Melania hizo obras heróicas de virtud; recibió de los más grandes Santos magníficos elogios; todo esto no obstante no bastó para proponerla á la veneración de los fieles por un culto público; lo que es contra los herejes y libres pensadores de

nuestro tiempo una evidente prueba de la circunspección de la Santa Sede en la canonización de los Santos, y esto debe servir de lección á todos los fieles para marchar exactamente por el sendero de una fé pura y entera, y no fiarse jamás de los Rufinos, por más apariencias de erudición y piedad que presenten; pues en todos los siglos ha habido en perjuicio de un gran número de almas.

Pero volvamos á la historia de Melania. Paladio dice que en todo el tiempo que moró en Oriente, jamás quiso comprar allí un puñado de tierra, y que el deseo de ver á su hijo nunca pudo arrancar de su corazón el amor á la soledad, ni su ternura para él pudo resfriar su caridad por Jesucristo; sin embargo aquello que las ganas de ver á su familia no habían podido hacerle hacer, el deseo de consagrarla enteramente al Señor le hizo emprender con coraje.

Su hijo Publicola, que ella al partir de Roma había abandonado á la Providencia con una fe viva, se había conservado mejor por los méritos de sus oraciones, que por los cuidados del Prefecto y del tutor que le había dado. Ya era contado entre uno de los grandes sabios de su siglo: resplandecía en toda suerte de virtudes; estaba engolfado en los mayores honores; y habiéndose casado con Albina, de una familia ilustre, Dios había bendecido su matrimonio con el nacimiento de santa Melania la Joven, de quien hablaremos pronto, y de un hijo que se llamó Publicola. Todo esto había pasado durante la permanencia de la piadosa viuda en Oriente. La joven Melania, nacida en 382, fué casada en 395 con Piniano, y habiéndoseles Dios llevado los dos hijos que habían tenido de su matrimonio, resolvieron de común acuerdo abrazar la continencia, y renunciar á todas las cosas de la tierra para no aplicarse más que á los ejercicios de la piedad.

Habiendo sabido su resolución Melania la Abuela, la suya fué, aunque de edad de sesenta años, hacer el viaje

de Roma, tanto para confirmarlos en sus buenos sentimientos, como para impedir, dice Paladio, que se dejasen sorprender por alguna doctrina perversa. Se embarcó en Cesárea y llegó á Nápoles, á donde su familia había ido para recibirla. El deseo de ver á san Paulino no le permitió diferir el pasar á Nolas. Este Santo, escribiendo á Sulpicio Severo, le hace la historia de esta visita; el detalle que de ella da merece que lo relatemos por extenso, pues es muy propio para inspirarnos una alta estimación de la sencillez cristiana, con preferencia á las vanas grandezas del mundo.

« Ella se apresuró, dice á venir á visitarnos, acompañada del fausto y del esplendor de sus hijos. Vimos el triunfo de la gloria del Señor en la diferencia de equipaje con que la madre y las hijas (Albina y la joven Melania) hacían el mismo viaje. La madre iba montada sobre una bestia más magra y más vil que los asnos, y venía seguida por los senadores que marchaban con toda la pompa de que eran capaces el esplendor de su condición y su opulencia. La vía Apia estaba cubierta, por no decir cargada, y toda reluciente de carros suspendidos, de caballos soberbiamente engalanados, de carrozas doradas, de un gran número de carros; pero la hermosura de la humildad cristiana brillaba más que todo este esplendor de la vanidad. Los ricos admiraban á aquella que era pobre, pero Santa; y ella se burlaba de sus riquezas. Allí vimos la humillación del gran mundo, la cual era digna de Dios; pues vimos humillarse delante de la negra y usada sarga, la púrpura, la seda, y los hábitos bordados en oro. Bendecimos al Señor que vuelve sabios á los que son humildes, y delante del cual la verdadera humildad es una sólida elevación, que llena de sus bienes y satura con sus sagradas comidas á aquellos que tienen hambre de su gracia y de su justicia, y deja á los ricos en su indigencia. »

San Paulino recibió, pues, toda esta multitud de santos y de ricos que acompañaban á Melania, quienes se glorificaban más de la pobreza voluntaria de esta ilustre viuda, que de su ostentación y de la magnificencia de sus equipajes. Su virtud les era una lección de modestia cristiana, y un temor religioso los tenía en respeto, y hacía acallar, dice el mismo Santo, todo el tumulto que sigue á las gentes del mundo. Cantaban en cierto modo con su silencio las alabanzas del Señor, mientras que Melania lo hacía en la iglesia en compañía de las vírgenes que se ocupaban en la santa salmodia.

San Paulino le hizo leer la Vida de san Martin, escrita por Sulpicio Severo; y ella por su parte le regaló un pedazo de la vera Cruz, que había recibido de Juan de Jerusalén, del cual puso una parte en el altar de la iglesia de san Felix de Nolas, y envió la otra á Sulpicio Severo con una túnica de lana que ella le había dado.

Llegó por fin á Roma, donde, según expresión de san Paulino, admiraron en ella una mujer que en las sombras oscuras de la humildad vivía en el esplendor de la justicia, la cual, consolando por una parte á los pobres con sus liberalidades, por otra animaba á los ricos con los ejemplos de su viva fé y de todas las virtudes.

La primera conquista que allí hizo para Jesucristo fué la de Aproniano, que se había casado con su sobrina llamada Avita. Aproniano era uno de los personajes más distinguidos de Roma; pero era pagano. Ella lo instruyó; lo convirtió á la fé; y, lo que es aún más admirable es que lo llevó á practicar la perfección evangélica. También confirmó en sus buenos propósitos á Melania su nieta, á Piniano su marido, é instruyó en el temor y servicio de Dios á Albina su nuera.

Ella hizo un viaje á Africa, y en aquel tiempo Publicola murió al terminar el año 407. En él perdió á su hijo úni-

co ; pero su virtud sostuvo este golpe con aquella perfecta resignación que la llevaba por encima de todos los acontecimientos para sujetarla enteramente á Dios. Aunque no pudo negar algunas lágrimas á la ternura maternal, sostuvo su aflicción en el silencio ; y si al principio dió alguna señal de dolor, entrando bien pronto en los sentimientos que se elevaban sobre la carne y la sangre, sólo manifestó disgusto por habérselo llevado la muerte cuando todavía estaba en su condición secular, mientras que ella hubiera deseado que antes de salir del mundo, hubiese, á su ejemplo, abrazado una vida enteramente separada del siglo.

Después de este viaje del Africa volvió á Roma, y habiendo confirmado de nuevo á su familia en el temor de Dios, les persuadió á todos que vendieran cuanto tenían, como ella hizo también de aquello que le quedaba, y los hizo salir de Roma para conducirlos á Sicilia. Muy pronto se vió que era el espíritu de Dios quien le había inspirado esta resolución ; pues el mismo año los Godos bajo el mando de su rey Alarico, sitiaron á Roma, la tomaron, la saquearon, la devastaron. « Así, dice Paladio, haciéndolos salir de Roma, los sacó del medio de la tempestad para conducirlos á un puerto y pasar lo restante de su vida en descanso y seguridad. Entonces aquellos que habían dado fé á sus palabras y á sus instrucciones dieron gracias á Dios.

Después que hubo conducido su familia á Sicilia, Melania volvió á Jerusalén, donde distribuyó entre los pobres el dinero de las tierras que había vendido. Cuarenta días después de su llegada murió ; dejando, dice Paladio, una reputación que la grandeza de sus limosnas hizo preciosa y venerada.

---

SANTA MELANIA LA JOVEN, ALBINA SU MADRE,  
Y PINIANO SU MARIDO <sup>1</sup>.

Estos tres santos personajes bien merecen un elogio á parte, y particularmente santa Melania la Joven, pues san Agustin los llama una fuente abundante de consolaciones en medio de los males extremos que entonces se sufrían ; de luces resplandecientes que Dios hacía lucir en medio de las tinieblas de una nación corrompida, que se levantaban tanto, cuanto estas bajaban, y brillaban tanto más cuanto estas mismas deprimían su esplendor. Añade que esto que Dios había hecho en ellos por su gracia era tan grande, que casi nadie osaba decirlo, temiendo no ser creído ; y por fin los llama almas santas, personas que le son queridas, lumbreras de la Iglesia, y santos cuyo corazón está lleno de caridad.

Hemos visto en el capítulo precedente que Publicola, hijo de Melania la Abuela, se había casado con Albina, hija de Albino y hermana de Volusiano, quien fué Prefecto de Roma y cuya familia era una de las más ilustres del imperio. De este matrimonio nació Melania la Joven, que se llamó así de su abuela. Nació el año 382 lo más tarde. En su infancia la formaron en una tierna piedad, presentándole con frecuencia el ejemplo de su abuela por las relaciones que le hacían de sus virtudes ; y quedó en ello tan imbuida, que concibió el propósito de imitarla consagrándose del todo á Jesucristo. Este piadoso deseo se arraigó tanto en su alma, que en cierto modo fué necesario acudir á la violen-

<sup>1</sup> San Paulino, San Agustin, *Vitæ Patrum*, Surio Tillemont.